

El anciano salió de su reposo,  
Y de santo fervor su seno henchido  
Y lleno de entusiasmo glorioso,  
Puesto en pie gravemente, revestido  
De excelsa majestad, la voz alzando,  
Y el cetro de oro al cielo dirigido:  
Del poder recibido firme usando;  
«Volved de nuevo ¡oh, muertos! á la vida:  
En nombre del Eterno yo lo mando.»  
Dijo, y al punto, una aura, que impelida  
Bajaba de los montes al desierto,  
Por un poder incógnito movida;  
El suelo resquebrado, seco, yerto,  
De florecillas frescas y olorosas  
Con su soplo vital dejó cubierto.  
Y viéranse en el punto presurosas  
Las reliquias humanas reunirse,  
Renovando su enlace, artificiosas:  
Con nervios y cartilagos unirse,  
De carnes, miembros y vigor llenarse,  
De fresca piel en torno revestirse:  
Un pueblo entero poderoso alzarse,  
Y entre cantos de Hosanna, con presteza  
En tribus diferentes congregarse.  
Colocado el profeta á su cabeza,  
Con poderoso esfuerzo lo regía,  
Lleno de majestad y de grandeza.  
El ángel desde lo alto dirigía  
Su marcha, y le indicaba su destino:  
La tierra se aplanaba y abatía:  
Los montes no estorbaban el camino:  
Saltaban de contento los collados:  
Brillaba en lo alto el cielo cristalino:  
Claros fuentes y lagos sosegados,  
Verjeles, huertos, frescas alamedas  
Hallaba á su descanso preparados,  
Y frutos en las verdes arboledas:  
La mano del Eterno le cubría,  
Dando sombra á sus sendas y veredas.

Jerusalén, Jerusalén, decía  
La turba innumerable, y sus acentos  
La bóveda del cielo repetía.  
Entonces resonaron en los vientos  
Mil himnos de alabanza y de victoria,  
Á que unieron alegres sus concentos  
Los espíritus puros de la gloria.

SALMO L.

EL PECADOR ARREPENTIDO.

Apiádate, Dios mío,  
De esta ánima mezquina,  
Conforme á la grandeza  
De tus misericordias infinitas.  
Y según la abundancia  
De tu piedad antigua,  
Borra, Señor, piadoso  
De mi crimen la sombra denegrida.  
La mancha vergonzosa  
De mis delitos, limpia,  
Y la asquerosa llaga  
De mis iniquidades purifica.  
Conozco mi pecado,  
Miro la culpa altiva,  
Quealzada ante mis ojos  
Mis maldades inmensas atestigua.  
Pequé contra ti solo,  
Hice el mal á tu vista:  
Si acaso me condenas  
Ninguno dudará de tu justicia.  
Pues mira que engendrado  
Fuí de una raza inicua,  
Y fué mi carne fácil  
En error y pecado concebida.  
Pues la verdad ingenua  
Pones en alta estima,

Tus íntimos arcanos  
Manifiesta á mi mente obscurecida.  
Lávame con hisopo  
Y mi alma será limpia ;  
Báñame y al momento  
Quedaré blanco cual la nieve misma.  
Si escuchar me dejares  
Tus palabras divinas,  
Mis huesos humillados  
Se llenarán de gozo y alegría.  
La serie de mis culpas  
Aparta de tu vista,  
Y borra por tu mano  
El proceso espantoso de mi vida.  
Un corazón ingenuo  
Dentro mi pecho cría:  
Infunde en mis entrañas  
Soplo de rectitud, que vivifica.  
No apartes de tu rostro  
Mi súplica sumisa,  
Ni me quites airado  
Las luces de tu espíritu divinas.  
El gozo de tu gracia  
Hoy á mi pecho inspira:  
Con superior aliento  
Mis nacientes propósitos confirma.  
Enseñaré tus sendas  
Á las almas perdidas:  
Los ímpios humillados  
Tu ley aceptarán con fe sencilla.  
Líbrame de esa sangre  
Que por venganza grita,  
Y tus altas piedades  
Ensalzará mi lengua agradecida.  
Abre, Señor, mis labios,  
Haz que la boca mía  
Prorrumpa en alabanzas,  
Y en acciones de gracias sin medida.  
Si ofrendas exigieras

Yo las ofrecería;  
Mas sé que no te place  
La sangre en tus altares esparcida.  
El sacrificio quieres  
Del ánimo contrita,  
Del corazón mudado,  
Y de una voluntad simple y sumisa.  
Desciendan tus palabras  
Hoy sobre Sión propicias,  
Y se alzarán al punto  
Los derrocados muros de Solima.  
Aceptarás entonces  
Ofrendas de justicia,  
Oblación, holocaustos,  
Y en tus aras la sangre de la víctima.

SALMO LXVII.

TRANSLACIÓN SOLEMNE DEL ARCA Y TRIUNFOS DEL PUEBLO DE ISRAEL.

Fulminando amenazas y castigos  
Se levantó el Señor: sus enemigos  
Confusos, asombrados,  
Como cera en el fuego consumida,  
Como arena á los vientos esparcida,  
Huyeron derrotados.

¡Justos, que presenciasteis la victoria,  
Entonad vuestros himnos en memoria  
De tan plausible día!  
¡Alabad al Señor, santas criaturas,  
Levantando su nombre á las alturas  
Con voces de alegría!

En tempestuosa nube va y camina,  
Y cielo y tierra y mares ilumina  
El que Jehováh se nombra:

Á los justos alegra su presencia,  
Mientras con su terrible omnipotencia  
Á los ímpios asombra.

Fijó en este santuario su morada,  
Do al huérfano y la viuda desolada  
Entre sus brazos cierra:  
Salva de la cadena al prisionero,  
Propaga las familias, y severo  
Al rebelde destierra.

¿Quién cantará, Señor, cuando salías  
Al frente de tu pueblo, y lo regías  
Por medio del desierto?  
Las nubes á tu voz se liquidaron,  
Los encumbrados montes retemblaron,  
El Sínai quedó yerto.

Salvaste en las llanuras abrasadas  
Con lluvias bienhechoras y templadas  
Tu heredad afligida:  
En medio del ardor y la sequía,  
Tu grey, que con la sed desfallecía,  
Tornó de nuevo á vida.

Venciste al enemigo, y las doncellas  
Referían, animosas cuanto bellas,  
Lo que vieron sus ojos:  
Atónitos los Reyes se escondieron,  
Y las mujeres débiles vinieron  
Á partir los despojos.

Aquel que en los bagajes escondido  
El combate evitara, ya salido,  
También su parte toma,  
Haciendo alarde de vistosas galas,  
Semejantes al cuello y á las alas  
De la hermosa paloma.

Cuando venció á los bárbaros caudillos,  
Manifestó el Señor con tales brillos  
Su faz resplandeciente,  
Que se ofuscó el Selmón; su cumbre helada  
Mostró con menos rayos coronada  
La nieve de su frente.

Esta santa montaña es la que quiere  
Dios para su morada, y la prefiere  
Á otros montes vistosos:  
En vano envidiaréis tanta ventura,  
Montes, engalanados de verdura  
Y de bosques frondosos.

Rodeado de huestes, en su carro  
Sube á este monte el vencedor bizarro:  
Los contrarios altivos,  
Postrados ya, lo adoran soberano,  
Y sus dones reparte por su mano  
Á libres y cautivos.

Bendito seas, Señor, que poderoso  
Rompes nuestras prisiones: bondadoso,  
Nos libras de la muerte;  
Tus bienes con largueza nos prodigas,  
Y las duras cervices enemigas  
Quiebras con brazo fuerte.

*Del enemigo de Bazán astuto  
Triunfarás; los abismos á pie enjuto  
Vadearás sin recelo;  
Romperás del contrario la coyunda,  
Tus perros lamerán su sangre inmunda,  
Dijo el Señor del cielo.*

Dijo, y su triunfo y su solemne entrada  
Los enemigos en su Real morada  
Atónitos miraban:  
Salieron los cantores los primeros,

Las vírgenes tocando sus panderos  
Seguían, y así cantaban:

«Gloria al Dominador, siempre triunfante,  
Que esas turbas con rayo devorante  
Dejó ya traspasadas.  
Celebrad su poder, tribus dichosas,  
Que fuisteis por sus manos poderosas  
Del polvo levantadas.»

La pompa prosiguió: ledos y ufanos  
Del pueblo de Judá los más ancianos  
Caminaban delante;  
Los de Néptali y Zabulón seguían,  
Y los de Benjamín después venían  
Con rostro jubilante.

Haz, Señor, de tus obras larga muestra,  
Confirma las hazañas de tu diestra,  
Establece tus leyes;  
Poseídos de horror, llenos de espanto,  
Llevarán dones á tu templo santo  
Los príncipes y reyes.

De aquel pueblo falaz, que desde el Nilo  
Nos acecha cual fiero cocodrilo,  
Reprime los clamores;  
Y de éstos, que nos buscan coligados,  
Furiosos como toros encelados,  
Enfrena los furios.

Enfrénalos, Señor, y verás luego  
Pedir la paz interponiendo el ruego  
Al Egipto insolente:  
El orbe callará bajo tu espada,  
Y hasta la Etiópia bárbara y tostada  
Se postrará obediente.

Alabad al Señor pueblos y gentes,

Benedicid en idiomas diferentes  
Su nombre sin segundo:  
Ved que sobre los astros se levanta  
Lleno de luces, y sus glorias canta  
La redondez del mundo.

¿Oís cual retumbó su voz sonora?  
Bendigamos su mano protectora,  
Su poder y su alteza:  
Él es roca y presidio de afligidos,  
Pidámosle, y dará á sus escogidos  
Virtud y fortaleza.

## LA REVELACIÓN.

### CANTO CUARTO.

#### Episodio de Aglaya.

#### XLV.

Atada á un tronco la ligera barca,  
Descanso un prado nos brindó y asilo,  
Que extenso valladar ciñe y abarca  
De obscura madreSelva y verde tilo:  
Ante una ermita que su centro marca,  
De mujeres hallé coro tranquilo,  
Mostrando entre sus velos ojos bellos  
Y negras trenzas por los albos cuellos.

#### XLVI.

De odoríferas flores componían  
Un altar á sus ritos consagrado;  
Mas cuando al resplandor del sol veían  
Mi cuerpo, de la sombra proyectado,  
Y por esta señal reconocían

Que del peso mortal iba cargado;  
Suspenden su labor, tiemblan, se espantan,  
Y en un punto asombradas se levantan.

XLVII.

Y huyen de aquel lugar con alarido  
Al valladar vecino, al soto ameno,  
Cual palomas al súbito estampido  
De horrisono arcabuz ó ronco trueno;  
Mas una á quien la fimbria del vestido  
Un zarzal enredó, de espinas lleno,  
Por mí se vió alcanzada y detenida,  
Para decir la causa de su huída.

XLVIII.

Mis palabras su fuga suspendieron,  
Y algún tanto del susto recobrada,  
Declaróme el espanto con que vieron  
Todas á un vivo entrar por su morada.  
Al fin mis blandos ruegos consiguieron  
Dejar su timidez tranquilizada,  
Y pregunté de nuevo me dijera:  
¿Qué lugar era aquél, y ella quién era?

XLIX.

Díjome:—«Este lugar se ha prevenido  
Para aquellos que purgan con dolores  
Los restos de la culpa, que han tenido  
Por error cometido en sus amores.  
Oye la historia de mi bien perdido,  
Para ejemplo de tristes amadores:  
Nací de Grecia en la aromosa playa;  
Mi patria Atenas fué, mi nombre Aglaya.

L.

»Mi madre, bella flor, muerta temprano,  
Dándome á luz, bajó á la sepultura,  
Y yo quedéme á ser de un padre anciano  
Objeto de carísima ternura:  
Debí blandas caricias á su mano,  
Á su boca palabras de dulzura;  
Eran mi vista y cariñoso acento  
Luz á sus ojos, y á su labio aliento.

LI.

»Figurábase ver en mis facciones  
De mi madre la imagen lisonjera,  
Y joven mis soñadas perfecciones  
Divulgaba la fama vocinglera.  
Cercada de amorosas pretensiones,  
Mostré la voluntad rebelde y fiera,  
No queriendo turbar las alegrías  
Del autor adorado de mis días.

LII.

»Vivía así feliz y respetada,  
Inexorable del amor al ruego,  
En una bella quinta retirada,  
Que bañaba el Cefiso con sosiego.  
Una tarde, en que sola y divagada  
De sus ondas miraba el blando juego,  
Me encontré de repente entre sus flores  
Circundada de aceros brilladores.

LIII.

»Eran de unos piratas, que de Egina  
El golfo con sus robos infestaban,  
Y á Estambul y la costa convecina

Esclavos y riquezas trasladaban:  
Profundo abatimiento me domina  
Cuando vi que á sus naves me arrastraban  
Sordos á mis lamentos y mi lloro,  
Desnudos de piedad, sedientos de oro.

LIV.

»Á mi padre infeliz rabiosos matan,  
Y llenos de furor roban la quinta:  
En sangre de los criados que maltratan  
Queda la arena de sus calles tinta:  
El botín presurosos arrebatan;  
Y á la luz del crepúsculo indistinta,  
Recogen sus dispersas centinelas,  
Y al turbulento mar tienden las velas.

LV.

»¿Cómo podrá mi labio referiros  
Del pecho atormentado los dolores,  
Sin que fuesen capaces mis suspiros  
De ablandar á mis duros opresores?  
Las ondas de la mar en anchos giros  
Levantaban los vientos bramadores:  
Yo á su impulso, indefensa, caminaba  
De un odioso señor á ser esclava.

LVI.

»La aurora aparecía en el Oriente  
Coronada la sien de blancos lirios,  
Y de mi amargo llanto la corriente  
No calmaba el dolor de mis martirios:  
Subía el sol al cenit resplandeciente,  
Y obscuridad miraba en mis delirios:  
De la noche las negras horas largas  
Aumentaban mis lágrimas amargas.

LVII.

»Pasados de este modo algunos días,  
Una mañana vi, ¡nunca la viera!  
De Estambul y sus ricas cercanías  
La odiosa para mí, mortal ribera,  
Do entre celos brutales y entre espías  
La mujer desfallece en cárcel fiera,  
Amenazada siempre de suplicios,  
No incentivo al amor sino á los vicios.

LVIII.

»No en público mercado fui vendida  
Con el común de esclavas desdichadas,  
Sino al serrallo infame conducida,  
Cerrándose tras mí puertas ferradas.  
Á gemir condenada de por vida  
En sus hondas estancias dilatadas,  
En todos tiempos y ocasiones era  
La tristeza mortal mi compañera.

LIX.

»Bajaba alguna vez á los jardines,  
Por divertir allí mis penas graves,  
Mirando con envidia, en los confines  
Del ancho y libre mar correr las naves:  
Una tarde que, oculta entre jazmines,  
Escuchaba los trinos de las aves,  
Un mozo audaz, ajeno de temores,  
Lleno de amor me requirió de amores.

LX.

»Oye, cristiana bella, me decía,  
Las quejas de un amante que te quiere,  
Que en tus ojos miró la luz del día,

Y morirá feliz si por ti muere:  
¡Inocente paloma! ¡Gloria mía!  
¿Qué profundo pesar tu pecho hiere?  
Dime, mi dulce bien, ¿qué mano fiera  
Te puso en estos muros prisionera?

LXI.

»Mira, yo soy un joven que, nacido  
En el remoto suelo mexicano,  
Por casos de fortuna aquí he venido  
Á ser esclavo del sultán tirano.  
Es mi nombre Costanzo: á tí rendido  
Y abrasado en tu fuego soberano,  
Si vinieres conmigo, te prometo  
Guardar á tu beldad todo respeto.

LXII.

»Te llevaré á mi patria venturosa,  
Do hallarás limpia fe, cortés llaneza,  
Y venerando título de esposa,  
El esclavo seré de tu belleza:  
Libre, feliz, encantadora, hermosa,  
Disfrutarás de módica riqueza,  
Pasando en mi heredad tranquilos días,  
Ajenos de zozobras y porfías.

LXIII.

»Verás allí, en eterna primavera,  
Los campos de mil flores esmaltados,  
Asombrada de bosques la ribera,  
Y los montes de nieve coronados:  
Verás á la ciudad, que reverbera  
En el centro de lagos dilatados,  
Y en sus contornos, al placer abiertos,  
Flotando los jardines y los huertos.

LXIV.

»Si admites que este siervo, que te adora,  
De tu cuello desate las cadenas,  
Y de un alma te dignas ser señora,  
Á quien de gloria y entusiasmo llenas,  
Aguárdame mañana en aquesta hora,  
En que la incierta luz se mira apenas:  
Aquí estaré presente, y yo te juro  
Que salva te pondré en lugar seguro.

LXV.

»Y en nave con recato prevenida  
Á Grecia volverás por rumbo cierto,  
Y desde allí á mi patria transferida,  
En ella pisarás seguro puerto.....  
No siguió, que una seña convenida  
(Impidiendo que fuese descubierto)  
Le obligó á retirar, dejando en tanto  
Al pecho dudas, y á los ojos llanto.

LXVI.

»El sitio, la ocasión, el lance extraño  
Produjeron en mi alma, que delira,  
Ya sombrío temor de nuevo daño,  
Ya esperanza del bien porque suspira.  
¿Tan ardiente pasión será un engaño?  
¿Tan encendido amor será mentira?  
Así mi pensamiento vacilaba,  
Y amor mi voluntad avasallaba.

LXVII.

»¡Oh, cómo triunfa un alma generosa  
De un pecho tiernamente agradecido!  
¿Podrás, yo me decía, ser rigurosa